

Ezequiel de Olaso (1932-1996)

**Laura Benítez
y José A. Robles**

En 1983 conocimos a Ezequiel de Olaso quien visitó nuestra Universidad y participó en una mesa dedicada a Leibniz, en el Simposio del Instituto de Investigaciones Filosóficas. A partir de entonces, muchas veces platicamos sobre temas de interés común, sobre todo acerca de los filósofos de los siglos XVII y XVIII, pero sin pasar por alto sus profundos conocimientos de la obra y afecto por la persona de Jorge Luis Borges, a quien llegó a tratar, conocer y comprender. Ciertamente Ezequiel, en sus escritos, daba muestras de una gran elegancia, sobriedad y erudición grata y paladeable.

Por el trato que tuvimos con Olaso, mucho nos interesó su preocupación por el escepticismo y, en julio de 1986, organizamos una reunión académica sobre este tema y nuestro invitado especial fue Ezequiel, quien nos habló sobre las formas del escepticismo antiguo y moderno. Con sus pláticas, Ezequiel vino a abrirnos nuevos horizontes en nuestra labor de estudiosos de la historia de la filosofía moderna, al hacernos conscientes de la importancia que tienen, para una comprensión cabal de las propuestas doctrinales y los debates en torno a ellas, las investigaciones que estaba llevando a cabo Richard Popkin y su equipo de discípulos y colaboradores, en torno a las cuestiones religiosas que ardientemente se debatían en los siglos XVII y XVIII. Desde ese momento, se hicieron más intensas las colaboraciones entre nuestro grupo de Historia de la filosofía y el Centro de Estudios Filosóficos (CEF) de Buenos Aires, al que él pertenecía.

Ezequiel era un perfecto caballero, no sólo en formas y maneras, sino por sus virtudes personales: todo discreción y sobriedad... Era un ameno conversador, un hombre de buen humor y un verdadero amigo.

Con gran habilidad podía leer, gracias a la perspectiva que le daba la distancia, la problemática profunda de las instituciones y de los filósofos comprometidos con estas tareas; pero, tal vez, lo más atractivo de su persona era su gran generosidad. Jamás nos negó su apoyo; creyó siempre en la firmeza de nuestros

proyectos académicos; se interesó por nuestras publicaciones y por nuestros jóvenes en vías de formación.

Su labor docente fue siempre de excelencia. Le oímos dirigirse, de manera muy sugerente, a un muy numeroso público, en su mayoría jóvenes estudiantes, a quienes logró entusiasmar con su agudeza y claridad.

Su labor editorial fue muy amplia, no sólo como parte del Comité de redacción de la *Revista Latinoamericana de Filosofía* o como coordinador y colaborador del volumen seis de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, sino como editor, comentador y traductor de porciones importantes de la obra de Descartes pero, sobre todo, de la de Leibniz, las que conocía muy a fondo.

Como autor, su libro, *Escepticismo e Ilustración*, es una muestra excelente de su gran agudeza filosófica. Más allá de Richard Popkin, quien ve el siglo XVIII, “despoblado”, por así decir, de autores escépticos y del propio Rousseau, quien ve la *Profession* de su Vicario Saboyano como dogmática en la primera parte y dialéctica en la segunda, Olaso ve, en esa *Profession* del personaje de Rousseau, el testimonio de una crisis pirrónica; ve, por encima de las quejas de Rousseau, que se trata de un “brillante ejercicio de metafísica dialéctica”, pese a que pesa sobre él, sobre Ezequiel, la insistente mirada de Rousseau quien silenciosamente le dice, desde su retrato en la pared, “... jamás he aspirado a ser filósofo”. “Sus ojos”, sigue diciendo Olaso, “me reprochan la inclemente erudición con la que he iniciado mi artículo. Intento explicarle que mi propósito es reexaminar la profesión de fe inserta en el *Emile*, pero Jean Jacques parece dispuesto a recuperar su lupa e irse a herborizar. Me he explicado torpemente: he querido decirle que pretendo situar el discurso del Vicario en la historia del escepticismo *para excluirlo* de la historia de la filosofía”.

Olaso era, así, un minucioso historiador, de una erudición delicada pero, sobre todo, un fino amigo, interlocutor atento y bien dispuesto. Con un lenguaje pulcro, dentro de un juego literario, dialoga con Rousseau en la soledad de su estudio, a la par que nos hace partícipes de los matices de su propuesta de las formas de escepticismo en el Vicario Saboyano.

Con ese mismo juego de miradas, te vemos ahora a ti, Ezequiel, en las tardes lluviosas de Río Cuarto y continuamos este intenso diálogo del pensamiento y te decimos que, *desde ya*, extrañamos al amigo, al filósofo, al escritor, por más que tú, modestamente, respondas que los halagos te incomodan pues, al ensanchar la historia del *escepticismo*, has ensanchado la historia de la filosofía.

Descansa en paz.